

LOS INFELICES SETENTA

nómico internacional", pero presidido por los Estados Unidos en perjuicio de Japón y Europa Occidental, e incluso del Cuarto Mundo, pues con ello se prolongaría su dominio imperial. Es obvio que tal proyecto sería una salida a la crisis económica mundial y mejoraría las posibilidades de América Latina, o las está ya mejorando, como lo demuestra la prosperidad de Venezuela, México, Ecuador y otros países de la zona.

Mucho se ha comentado sobre el extraordinario crecimiento demográfico de América Latina. Dentro solamente de diez años los latinoamericanos serán la décima parte de la población del globo, y entre las diez primeras ciudades mundiales figurarán México, Buenos Aires, San Pablo y Río de Janeiro.

Eso pasará en el año 2000, pero entre tanto no se comenta que América Latina viene absorbiendo ese extraordinario aumento de la población, y en esta década, bien o mal, ha dado comida, techo, zapatos y libros en países donde la mitad de los habitantes tienen menos de quince años.

No hubiera eso sido posible sin la rápida tecnificación, a través de la industria. Está sucediendo lo que en 1929, en que la crisis del centro capitalista imperial coincidió con un espectacular avance de la industrialización latinoamericana. Estos cambios no son

uniformes, ni implican resolver el problema de la justicia social.

Pero de todas maneras, en la incesante desestructuración y reestructuración que caracteriza la vida socio-económica, las estadísticas demuestran —más allá de los menudos episodios políticos— que se está produciendo un avance global de los latinoamericanos dentro y fuera de sus fronteras.

Ahora sabemos que son la minoría más importante en el seno de los Estados Unidos (¿20 ó 30 millones?), pero al final de la década también están presentes en África a través de las empresas de los cubanos y brasileños, y hasta en Europa, con la ola de exiliados del Cono Sur.

Los hoy aproximadamente 370 millones de latinoamericanos están potenciando las lenguas latinas, y ofrecen una cultura viva y creadora ya mundialmente famosa por muchas de sus manifestaciones, y esta década ha sido fecunda en realizaciones. El catolicismo sigue siendo la gran tradición religiosa de la región, pero su clero está en crisis.

También a nivel de cultura de masas hay avances, lo que se corresponde con su creciente urbanización e industrialización.

Resumiendo, a pesar de tantos mártires, crímenes y errores, y sin perjuicio de que en la década haya que contabilizar graves derrotas, se podría afirmar que el pueblo latinoamericano avanza y también se integra en una nación de naciones. ■ C. M. R.

DECADA DE MARGINADOS

TERESA PAMIES

El año 1958 se reformó el artículo 61 del Código Civil que excluía como testigos en testamento a "mujeres, menores de edad, sordomudos y locos". Hasta 1978, y en las primeras Cortes posfranquistas, no sería retirada del Reglamento de la Benemérita una cláusula racista autorizando el acoso, suplicio y cautiverio de los gitanos por el solo hecho de serlo. Hasta enero del año en curso no ha sido suprimido del Código vigente el calificativo de "peligroso social" para el homosexual.

Mucho queda por corregir en materia de discriminaciones, pero la década que termina ha sacado de sus "ghettos" a millones de marginados por razones de sexo, de raza, de edad, de sexualidad y de apariencia. Han irrumpido como una fuerza social que ya no puede ser humillada, no para integrarse a la sociedad que les reprime, sino para ser lo que son sin esconderse, sin violar ninguna Ley. No piden que se les perdone o que se les tolere por ser mujer, tener un color de piel determinado, hallar placer sexual en personas del mismo sexo, estar sin trabajo o comportarse de manera distinta a la mayoría que se autodenomina normal en un mundo desquiciado en razón de esa "normalidad".

Los marginados han avanzado en el combate que algunos de ellos y ellas iniciaron a finales de

los sesenta. Han conseguido que sus reivindicaciones sean asumidas por partidos, instituciones y personas que, diez años atrás, les ignoraban o negaban que la lucha por cambiar la sociedad pasa, necesariamente, por la ruptura con la "normalidad" impuesta con las mayores aberraciones. A esa "normalidad" se acostumbró incluso la clase obrera; en ella se ha instalado, aunque sea incómodamente y con mala conciencia.

Marcuse vio claro

Herbert Marcuse, desde el marxismo, captó y analizó el papel que podrían jugar los marginados por cuanto representan a grupos humanos que "se niegan a reproducir su propia represión" y "no eluden la ruptura con la realidad dada". Se ha dicho que Marcuse sobrevaloró a los marginados sociales calificándoles de "la nueva fuerza revolucionaria". El mismo lo desmintió en discusión pública con sus discrepantes. "Estoy muy lejos de hacer tal afirmación, pero sí quiero indicar que hay, efectivamente en la sociedad, tendencias —andráquicamente, sin organizar, tendencias espontáneas— que anuncian la ruptura total con las necesidades dominantes en la sociedad represiva". Contestando a preguntas capciosas sobre "hippies" y otros marginados, Marcuse dijo: "Son característicos de un estado de desinte-





Las mujeres reivindican la igualdad de derechos.

gración del sistema que, como fenómeno, no tienen ninguna fuerza transformadora, pero que, acaso un día, junto con otras fuerzas objetivas mucho más potentes, puedan tener su función". (Marcuse: "Final de la utopía", Ariel.)

Con esta reflexión en condicional, Marcuse no se alejaba de Marx. El "Manifiesto comunista" ya sugirió la posibilidad de que el "lumpen proletariado", calificado entonces de "producto pasivo de la podredumbre de las capas más bajas de la vieja sociedad pueda, a veces, ser arrastrado al movimiento por una revolución proletaria". Esa posibilidad, naturalmente, habría que crearla y ésta es misión de la vanguardia organizada. Si no se consigue, "en virtud de todas sus condiciones de vida, está más bien dispuesto a venderse a la reac-

ción para servir a sus maniobras".

Esta advertencia es la que ha pesado en la praxis de los partidos marxistas en una época de transformaciones sociales que no pudo prever el "Manifiesto comunista" redactado en 1848, ni los prólogos escritos por Engels a ediciones posteriores, la última de las cuales firmó en 1893.

Se calificó de "lumpen" no sólo obrero parado utilizado por los nazis como provocador en el incendio del Reichstag, sino también a miserables en situaciones límite, a fugitivos del hambre y de la opresión administrativa o familiar, a prostitutas y alcohólicos, a delinquentes adolescentes y a mujeres que rompían con la moral imperante. Cuando se trataba de estudiantes anarquizantes procedentes de la burguesía o de artistas inconformistas se les

llamaba "desclasados" en vez de "lumpen".

Liberar la sexualidad

Ahora sólo se habla de "marginados". La marginación no se deriva únicamente de desigualdades económicas y diferencias raciales, sino también de comportamientos sexuales que la sociedad "normal" considera "anormales". Antes de los setenta, los partidos comunistas no aceptaban homosexuales en sus filas. Se les "toleraba" en calidad de compañeros de viaje, de "punto de apoyo" en la clandestinidad o de anónimos mecenas siempre que, amén del "vicio", el homosexual tuviera un nombre en las letras, las artes y las cien-

cias. Si era rico, tanto mejor. No gozaban de la misma tolerancia los trabajadores homosexuales. El dogma ni siquiera aceptaba que entre la clase ascendente se dieran comportamientos decadentes. El reflejo de la cultura judeo-cristiana en los estados mayores del movimiento obrero se traducía en mojigatería represiva y en la aberración de negar a los obreros la primera de las libertades de la persona humana: el derecho sobre su propio cuerpo. Se sacralizaba a la clase obrera en esto y en otras cosas. Esta mitificación impedía ver lo que vio Marcuse: "En gran parte de los países capitalistas muy desarrollados, la clase trabajadora no representa ya la clase que niega las necesidades existentes". Y añadía: "Si Marx ha visto en el proletariado la clase revolucionaria, ello se debe, entre otras cosas, y acaso ante todo, a que el proletariado estaba libre de las necesidades represivas de la sociedad capitalista, a que en el proletariado se podían desarrollar las nuevas necesidades de libertad, que no estaban ahogadas por las viejas necesidades dominantes".

Por impugnar "necesidades dominantes", la lucha de los homosexuales por la plenitud de sus derechos humanos se inscribe en el combate revolucionario contra el sistema opresor, no sólo en la sociedad capitalista.

Hablar de sexualidad "desde posiciones de clase" no quiere decir nada. Afortunadamente, entre marxistas ya no se oye esta tontería. Por su parte, la sociedad española se está acostumbrando a la idea de que la homosexualidad no es una enfermedad, ni un vicio, ni una desgracia, sino una vertiente del comportamiento sexual humano. Ambas modificaciones de actitud se deben a la lucha del movimiento "gay", especialmente en Cataluña, que es lo que conozco. ▶



DICTADORES QUE CAYERON

Grecia:
Papadopoulos,
1973.
Portugal: 1974,
25 de abril, que
acabó con Caetano.
Buen año
el de 1979:
Sha del Irán,
Amin, de Uganda;
Somoza,
de Nicaragua;
Macías,
de Guinea
Ecuatorial,
y Bokassa,
de Centroáfrica. ▶

**La derecha
contraataca**

Se va logrando mucho, pero no se ha ganado la batalla, porque tampoco hemos conseguido ganar la de la democracia. Sólo en la democracia avanzaremos hacia una sociedad sin marginados. Esto lo sabe la derecha reaccionaria.

El Papa Wojtyla ha forzado un viraje hacia la represión de los homosexuales y de las reivindicaciones feministas. Sin embargo, dentro de la Iglesia se le impugna abiertamente en ambas cuestiones. El comentarista de la página religiosa del diario "Avui", Jordi Bassas, ha escrito un artículo titulado "Fe cristiana y homosexualidad", en el cual, tras reproducir textos del Antiguo Testamento sobre el amor de Jonatán y David, nos recuerda que (traducción del catalán): "Tales relaciones se dan en la vida cotidiana en el ámbito de los dos sexos. Si no suelen exteriorizarse se debe a la autorrepresión impuesta por temor a acusaciones maliciosas. Y es muy probable que el actual empuje del movimiento 'gay' sea motivado no tanto por una simple degeneración de las costumbres como por una protesta lógica ante la coacción vergonzosa que el hombre occidental ejerce sobre sus propios sentimientos" ("Avui", 4-XI-79).

La derecha más reaccionaria combate las reivindicaciones feministas, juveniles, sexuales y de las minorías étnicas que los nazis exterminaban "en nombre de la raza". Ha sido siempre la derecha la que ha reunido a los dife-

rentes sectores marginados, facilitando, sin proponérselo, el combate paralelo de los mismos.

Los estudiantes de COU en el Instituto Balmes, de Barcelona, organizaron hace poco un coloquio sobre homosexualidad, y un grupo fascista trató de frustrarlo y llenó las paredes del edificio con su lema: "Mujeres, sí; maricas, no". Es la reacción a la que se opone ferozmente a la despenalización del aborto, la que atiza el chauvinismo en barrios periféricos contra familias gitanas sin albergue, la que invoca la "seguridad ciudadana" para reclamar mano dura contra los adolescentes, y fomenta un nuevo racismo antijoven e impone la mayoría de edad penal a los quince años. Es el franquismo residual el que sabotea la reforma penitenciaria de García Valdés, el que atribuye a la democracia los atracos, las violaciones, las separaciones matrimoniales, el aumento del paro y otras calamidades heredadas del fascismo y generadas por el capitalismo. Si la derecha no fuese tan retorcida, hablaría con la claridad de doña Pilar Franco Bahamonde: "¿El aborto? Un crimen como cualquiera. ¿El divor-

cio? Fatal. Hoy la gente no aguanta. ¿La mujer? El pudor de la mujer española se ponía por encima de las estrellas, pero esto se ha terminado. La mujer ha perdido la vergüenza. ¿Que la homosexualidad es una realidad? Pues las personas sensatas opinan que es un disparate; los consideran enfermos o unos sinvergüenzas. No tienen dignidad". (Entrevista con Carmen P. Tortosa.) Lo malo es que la derecha no se limita a hablar por boca de doña Pilar.

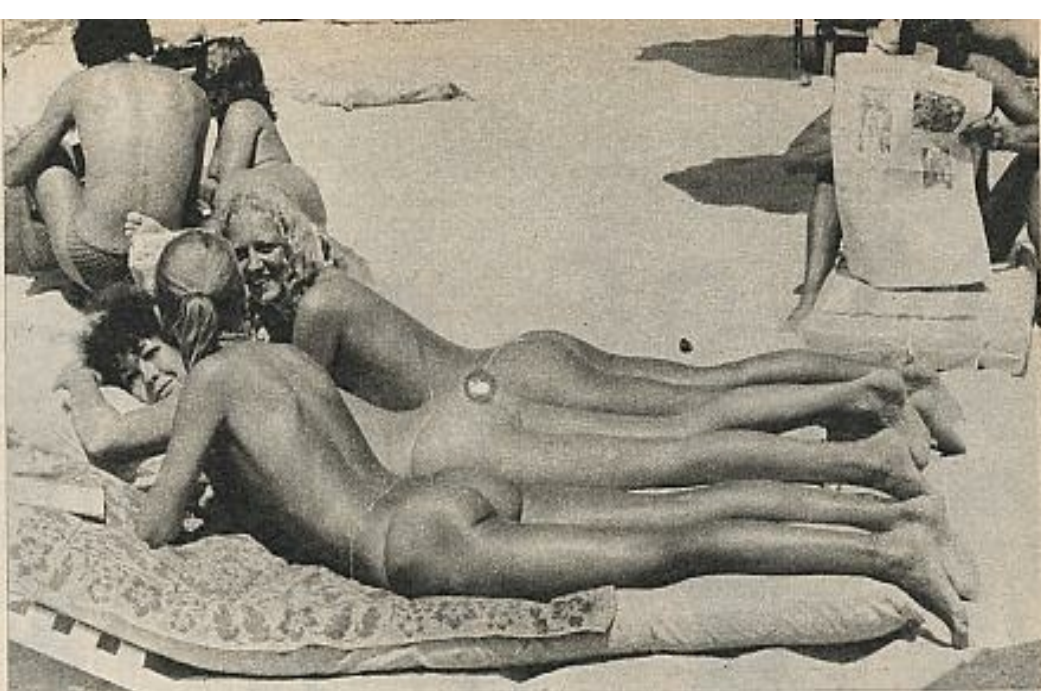
**La mujer "ha
perdido
la vergüenza"**

De todos los marginados, la que más se "desmarginó" en los años setenta ha sido la mujer. A diferencia de los demás grupos, las mujeres constituimos una mayoría y no una minoría. Más de la mitad de la Humanidad es de sexo femenino. Su importancia no es sólo cuantitativa, sino cualitativa, puesto que el potencial que entraña su especificidad no ha sido utilizado por una so-

ciudad machista, cuyos valores —si los tuvo— están en bancarrota.

Enumerar los campos en los cuales se excluye a la mujer, en los que se la pisotea, se la explota, se la engaña, se la humilla y se la agrede, resulta innecesario a estas alturas. En el curso de la década de los setenta el movimiento feminista especialmente lo ha denunciado irrefutablemente. Lo que no ha conseguido este movimiento es la coherencia que le convierta en fuerza capaz de jugar el papel que la Historia le asigna. Las "Jornadas catalanas de la dona" en 1976 y las que, a nivel estatal, se acaban de celebrar en Granada, sólo esbozaron esquemas ideológicos y organizativos de un movimiento emancipador comparable al de los pueblos que se van liberando del imperialismo. El feminismo activo, en sus variadas expresiones, ha logrado agrietar el cimiento más resistente del tinglado machista: el psicológico.

Ya detectamos modificaciones sensibles en ideas, actitudes y sentimientos, que lo demuestran. Si la avanzadilla no hubiese desorbitado las cosas hasta la pro-



vocación y el escándalo, el impacto no habría calado tan hondo. Para ello, el feminismo moderno crea su propio lenguaje, como lo crearon todos los movimientos revolucionarios en sus albores, desde los esclavos hasta los pueblos colonizados, desde los comuneros de París hasta los Black Panthers, pasando por los que, en Rusia, "estremecieron el mundo en diez días", como dijo John Reed en inolvidable reportaje.

Luce Irigaray, desde estas páginas de TRIUNFO, se refirió recientemente a la relación entre lenguaje y poder. "No puede haber liberación del deseo de las mujeres sin modificar el imperio de la lengua", dijo. El lenguaje avanza mucho menos que las fuerzas productivas; será el último bastión que le quede al machismo y este bastión empieza a ser atacado por el empuje del léxico feminista, incluso —o tal vez, acaso— por su agresividad e incoherencia apabullantes.

Al igual que otros marginados crearon su lenguaje revulsivo en "comics", revistas provocativas, emisoras libres de frecuencia modulada, donde "se dice todo", etcétera. El feminismo genera un lenguaje propio para ser leído, visto y escuchado en prosa y en verso, en cine, radio y teatro; lenguaje que desconcierta y espanta a los hombres incapaces todavía de ver en la mujer lo que intuyera Rimbaud.

Las mujeres que no participan en la lucha feminista —como tantos esclavos no participaron en el combate por su liberación— escuchan ya ese lenguaje, lo captan incluso cuando se resisten desde el papel que les asignó la cultura machista, comienzan a conocerse gracias a ese lenguaje, a liberar energías que se ignoraban, que se habrían malogrado o podrido sin desarrollarse y que la sociedad necesita para su regeneración.

Autonomía no es apoliticismo

Atribuir a oportunismo electoralista el interés que los partidos socialistas y comunistas conceden a la lucha feminista es menospreciar el contenido revolucionario de esta lucha y su necesidad histórica. Los partidos, como tales, tienen que defender las reivindicaciones feministas o negarse como vanguardia transformadora de la sociedad. Sus direcciones —preponderantemente masculinas— todavía caen en los viejos reflejos de "orientar" (léase "manipular") los movimientos de masas. Es un peligro real y las mujeres que militamos en estos partidos luchamos tenazmente para impedirlo. Tenemos muy claro que el feminismo ha de ser autónomo. Es cierto que muchas activistas del feminismo se obsesionan con la temida manipulación. El léxico y actitudes antipartido del feminismo radical es coreado por la reacción machista que también es —¿cómo no?— antipartidos... de izquierda. Tal obsesión podría aislarnos de nuestros aliados naturales, los hombres, no el falo. Los hombres que constituyen la otra mitad de la Humanidad con sus propios problemas —que también los tienen—, incluidos los problemas derivados del machismo.

La mujer no sólo ha perdido la vergüenza, como se lamenta doña Pilar Franco. La mujer ha perdido el miedo mientras el hombre está cada vez más asustado y más inseguro. Ha empezado la rebelión de las mujeres y, como le dijera Franz Fanon al general francés que anunció la derrota de la rebelión argelina: "¿No comprenden que ninguna rebelión ha sido jamás vencida?".

La rebelión de las mujeres coincide con la de otros marginados de la sociedad "opulenta, vi-

ril y bienpensante". En el umbral de 1980 se aclaran los perfiles de esta rebelión.

Sin embargo, no puede decirse lo mismo de otros fenómenos marginales ultranacionalistas, orientados hacia el pasado y no hacia el futuro, defensores de "virtudes antiguas", compartiendo con la derecha cavernícola "la misma visión brumosa, medieval, oscurantista y supranatural de las cosas terrenales" (J. Burca, "Tele/Expres", 15-XI-79). Esos grupos no tienen el mismo contenido que la lucha de minorías étnicas y sociales indias, puertorriqueñas y mexicanas en los Estados Unidos o que la de la comunidad gitana en España. Existe el peligro de que se confundan los fines y esta confusión es utilizada por la reacción, que también puede llamarse "nacionalista".

En el umbral de los ochenta y a la luz de la experiencia de los setenta, la automarginación de los terroristas se presenta como otro obstáculo a la transformación revolucionaria de la socie-

dad. El exterminio de la banda Baader-Meinhof ha demostrado que el terrorismo de izquierdas puede convertirse en coartada del terrorismo neofascista. El terrorista de hoy ya no es el individuo "iluminado" que arrojó la bomba a la carroza del monarca. Es parte de un grupo. La madre adoptiva de Ulrike Meinhof, Renata Riemeck, analizó el fenómeno en 1972, anticipándose a lo que iba a ocurrirle a un movimiento "sin programa político y de conceptos nebulosos", en el engranaje del cual había caído su ahijada. Hablando de ella, dijo, antes de que "se suicidara": "Ahora está férreamente atenazada por el destino de grupo. No le abandonará, sino que preferirá morir antes que hacer algo que parezca traición" ("Pequeña antología", Editorial Anagrama).

Este es el tremendo dilema de muchos marginados que hoy ya saben que el terrorismo no es la solución. Ojalá los años ochenta resuelvan el dilema en sentido revolucionario y no a favor del fascismo que acecha. ■

EROTISMO Y PORNOGRAFIA A LA ESPAÑOLA

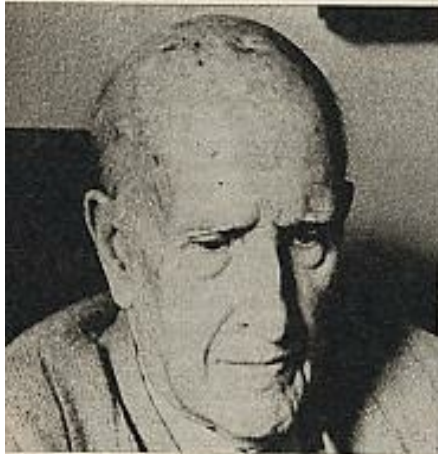
SANTIAGO DEXEUS

DESDE el punto de vista médico, los años que nos ocupan han marcado diversas evoluciones en el pensamiento médico y en el del profano.

En primer lugar, se introdujo la delimitación científica de lo que debe entenderse por sexología, ciencia médica que estudia el comportamiento sexual del ser humano,

partiendo de la psiquiatría. Es decir, cualquier trastorno sexual no debe ser considerado aisladamente, sino como una manifestación más de una personalidad alterada.

Podríamos decir que el erotismo es la aceptación de la vida, incluida la muerte, definición abstracta y erudita que debemos a Batallie, pero que tiene el valor de ponernos en ▶



ESPAÑA

Aunque nacida en 1959, la organización terrorista ETA ha tenido su mayor actividad en la década de los setenta. El 20 de diciembre de 1973, el almirante Carrero moría en atentado. Dos años después, el 20 de noviembre, falleció el general Franco, que detentó el poder en España desde 1936; se cerraban así cuarenta años de poder personal que marcarán por mucho tiempo la historia española. En 1977, el poeta español Vicente Aleixandre ganó el Premio Nobel de Literatura. En marzo de 1977, la cumbre eurocomunista (Marchais, Carrillo y Berlinguer) precedía a la legalización del PCE.